

Intervención del vicepresidente del Parlamento Europeo, Miguel Ángel Martínez, en la ceremonia de entrega de una bandera de la Unión Europea a la Asociación de Periodistas Gráficos Europeos (APGE) para la sede de dicha asociación. El acto se celebra en la Representación de la Unión Europea en Madrid.

Madrid, 22 de enero de 2010

Querido presidente, querido Roberto Cerecedo.

Queridas amigas y queridos amigos.

El acto que aquí nos reúne supone ciertamente un hecho feliz que hace que también lo sea este día, entre otras cosas porque ha permitido que nos encontremos muchos amigos y amigas que, por razón de nuestras ocupaciones sólo tenemos la oportunidad de vernos muy de vez en cuando.

Digo que es un momento feliz, pero no puedo obviar que también está teñido de tristeza y de preocupación: las que nos producen, sin duda a todos, la catástrofe terrible que asola a Haití, y el inmenso sufrimiento que viene ahogando a su pueblo. No podemos olvidar que se han producido muertos por decenas de millares, entre los cuales me referiré a uno, no porque nos duela más que los otros muchos, pero sí por su valor de símbolo doble: el de la solidaridad total de la Unión Europea y el de la participación española en esta solidaridad y hasta sus últimas consecuencias.

Me refiero a nuestra compatriota, amiga y compañera, Pilar Juárez, muerta en acto de servicio en Puerto Príncipe. Pilar fue en su día asistente de colegas europarlamentarios socialistas, como Juan Colino, al que seguramente recordareis muchos de los presentes. Luego pasó a trabajar en el entramado institucional de la Unión y allí estaba, en Haití, trabajando solidariamente con el pueblo en nombre de la Unión Europea. Con esto, además de rendirle homenaje, salgo al paso a la ligereza de algunas informaciones que destacan la escasa presencia europea en la catástrofe. Pilar no estaba en Haití, como se ha dicho de algunos, *"para hacerse la foto"*. Y su ejemplo pone en evidencia que la Unión Europea estaba trabajando en aquel país para aliviar su pobreza antes y durante el terremoto, y lo hará después del mismo.

Dicho todo esto y ratificado con todos los presentes nuestro compromiso de actuar con eficacia y generosidad en Haití y en tantos otros escenarios que interpelan a nuestras conciencias, inicio mi intervención en lo que apuntaba al principio como un hecho feliz, que lo es en muchos sentidos: por la cooperación constante con la Delegada del Gobierno, Amparo Valcárcel, que nos ha demostrado con sus palabras su cabal conocimiento de lo que es la Unión Europea y del momento por el que está atravesando; o con Tomás Gómez, en quien tantos y tantas tenemos puestas fundadas esperanzas para el presente y para el futuro de Madrid.

O con Roberto Cerecedo, que viene impulsando con acierto -pero, sobre todo, con tesón- la labor y la presencia social de la Asociación de Periodistas Gráficos Europeos.

Es por lo tanto motivo de gran alegría, en mi condición de Vicepresidente del Parlamento Europeo, poder ejercer hoy como puente entre la Unión Europa y vuestra Asociación en lo que, en definitiva, es un homenaje recíproco entre ambas instituciones que merecen todo mi aprecio.

Con este acto termino y culmino una semana de las más fascinantes en una vida política e institucional como la mía, ya larga y llena de vivencias interesantes.

Y es que en Estrasburgo, y celebrándose allí el Pleno de la Eurocámara, me ha tocado presidir tres debates para mí inolvidables: el de la comparecencia de José Luis Rodríguez Zapatero ante el Parlamento para presentar -con singular éxito- el programa de la Presidencia española para los seis meses en que nos va a tocar llevar el timón del proceso de construcción europea.

Pero también presidí el debate sobre la situación de Haití. Y para terminar, tuve la misma responsabilidad en otro punto esencial en el orden del día de la semana: el debate sobre la Cumbre mundial de Copenhague sobre el cambio climático, punto en el que compareció la Ministra Elena Espinosa como Presidenta del Consejo en el ámbito correspondiente. Y, claro, no se trataba sólo de hablar de Copenhague, sino de plantearse con rigor el "*¿y ahora qué?*". Luego, acaso haya tiempo para un par de reflexiones también sobre esta materia.

Pero os hablaba de la satisfacción que me produce el papel que aquí me toca cumplir y de la ocasión que este encuentro representa. Cuando conté a un par de amigos el programa de esta mañana, uno me dijo que una vez más me iba a tocar actuar como "comendador del Parlamento Europeo". "Como comendador de los creyentes, en definitiva", le contesté, a conciencia de que puede parecer paradójico que lo sea quien es sin duda bastante descreído.

Descreído en muchas cosas, pero ciertamente comprometido y militantemente creyente en lo que se refiere a lo que es y representa la fuerza de las imágenes, y más aún el papel de los profesionales del sector.

Y también, desde luego, comprometido y militantemente creyente y practicante del proceso de construcción europea, esencial para tantas cosas, y, para empezar, esencial para el progreso de nuestro país y de nuestro pueblo.

Permitidme al respecto un inciso para reiterar algo que he dicho muchas veces cuando hablo de nuestro europeísmo, describiéndolo, no tanto como una convicción ideológica, sino como la evidencia a que hemos llegado de que nuestro progreso, la prosperidad de España, no puede alcanzarse sino poniéndolos en perspectiva con el avance del proceso de articulación continental. Sólo como parte de una Europa exitosa podremos nosotros tener éxito en el compromiso con nuestra gente y con nuestra tierra. Es también con esa conciencia como querría yo compartir con todos vosotros y vosotras un par de reflexiones sobre vuestra labor y alguna más sobre el momento y el horizonte más inmediato que vive la Unión Europea cuando se enfrentan cambios y reformas trascendentales en el proceso, dándose además la circunstancia de que a España le corresponde un papel de tremenda responsabilidad en este especial trance del proyecto.

Sobre lo que sois y representáis los periodistas gráficos -fotografía y televisión- no tengo nada nuevo que añadir y sí reiterar y reafirmar la trascendencia, la necesidad de respetar y reconocer vuestra labor.

Me bastará al respecto repetir lo que dije hace casi un año en una Mesa Redonda de vuestra Asociación sobre la Transición democrática en nuestro país. Allí se escucharon todos los tópicos -justificados- de la imagen y las palabras y de lo que valen unas y otras. Entonces y ahora no se me ocurrió, ni se me ocurre, un ejemplo o caso más espectacular que el del 23F, para afirmar, que sin fotos y sin las grabaciones televisivas de aquella asonada grotesca pero dramática, hoy el 23F estaría olvidado o, cosa peor, se vería ocultado y negado presentándose por algunos como una exageración o como un invento interesados!!!

Por lo tanto, como demócratas y como europeístas, como amantes de la libertad, no nos cabe sino apoyarnos y alentaros para que vayáis dando testimonio de la Historia, acaso el más irrefutable de todos los testimonios. Y acaso nos quepa también animaros a defender la verdad ante manipulaciones que, al parecer, permiten determinadas nuevas tecnologías, también en vuestro quehacer...

Por todo lo que acabo de indicar, estoy seguro de que la bandera de la Unión Europea que yo os entrego hoy, lucirá muy hermosa, y sobre todo llena de coherencia y de fraternidad en vuestra sede. Con la bandera enlace con algunos comentarios sobre la Unión Europea y el momento que en ella y con ella estamos viviendo.

Dejadme decirlo con el mayor énfasis -con la mayor satisfacción pero también con la mayor preocupación- que con la entrada en vigor del Tratado de Lisboa, disponemos ahora y por fin de una nueva base jurídica y política en lo que supone, sin duda, el mayor cambio que se ha dado en todo el proceso de articulación continental desde su puesta en marcha.

Con el Tratado se reforman, se transforman y se ajustan al tiempo y al espacio que nos toca vivir, las estructuras y los mecanismos con los que hemos venido funcionando desde hace más de medio siglo y que, evidentemente, habían ido quedándose más y más desfasados.

No me cabe duda de que en la última década lo que correspondería decir es que con estas estructuras y mecanismos "no hemos venido funcionando". Porque no podíamos funcionar: todo era demasiado anacrónico, demasiado inadecuado para operar desde situaciones nacionales radicalmente distintas y hacia un contexto mundial también radicalmente diferente, de aquellos y aquel en que se gestó el proyecto de Comunidad Europea. Precisamente por esa situación de anacronismo, por la necesidad sentida por muchos de superarla y por la presencia de intereses en cada país y en el mundo contrarios a que Europa tirara para adelante, hemos vivido unos años ensimismados en la transformación necesaria y las presiones para quedarnos encallados.

Para ser más claros, denunciaremos entre esas presiones como esenciales las de la Administración Norteamericana con George W. Bush a la cabeza, que hizo todo lo que pudo, desde su visión unilateralista del mundo, para que Europa no se plantara como una potencia responsable y poderosa, vista desde la Casa Blanca como necesariamente en competencia con los Estados Unidos en cuanto a intereses, prioridades y probablemente valores. Pero esas actuaciones de Washington tuvieron sus socios en Europa, con nombres y apellidos. Y con fotos, en las Azores para no ir más lejos. Con fotos hechas por periodistas gráficos como vosotros; alguno de los retratados tal vez preferiría poderlas borrar con un golpe de ordenador, pero ahí están para mantener nuestra memoria y nuestra conciencia...

El caso es que esta década en que hemos vivido -"ensimismados", decía antes- sin avanzar en la solución de muchos problemas de los ciudadanos, ha tenido entre otras, la consecuencia de que amplios sectores de nuestras sociedades, han perdido interés, confianza, ilusión por nuestro proyecto. Lo más grave es que, al menos en mi planteamiento, para que el proceso siga adelante con la fuerza necesaria, es indispensable un notable apoyo social que, por el momento puede haberse perdido o encontrarse significativamente debilitado.

No es menos cierto que el Tratado de Lisboa hace posible lo que no lo era hasta hace unas semanas. Hoy sí hay bases para hacer de la Unión Europea el actor global importante y eficaz, capaz de defender nuestros intereses en el escenario mundial de la globalización; y capaz, asimismo, de impulsar valores que venimos proclamando como nuestros y que, por ser universales, otros pueblos y otros continentes hacen suyos también.

Lo más importante es entender claramente la realidad en la que operamos. El Tratado de Lisboa es un instrumento necesario, pero no es, desde luego, suficiente. El cambio es trascendental en la medida en que con las bases jurídica y política de antes del Tratado no era posible avanzar. Ahora ya sí es posible. Ya tenemos el vehículo, pero, naturalmente, falta saber cómo se conduce, por qué caminos y hacia dónde. En Copenhague se han puesto de manifiesto varias cosas, aparte de la evidencia de que el cambio climático es un problema real e ineludible, y de que lo acordado por unos pocos es un miniacuerdo y un

ridiacuerdo que no sirve, con lo que el problema y el reto sigue entero y no hay más remedio que abordarlo. Eso queda pendiente para México.

Pero hay otras conclusiones que sacar de Copenhague, y una de ellas es que a los europeos se nos ha ninguneado. A los Europeos y a otros muchos, hasta el punto de que una de las lecciones a sacar sería la de lanzar el grito de "¡Ninguneados de todo el mundo, uníos!". Quiero decir que en Copenhague se ha hecho evidente que no puede valer el superar el unilateralismo de Bush por un multilateralismo que suponga que en vez de uno, sean tres o cuatro los que decidan lo que se hace en el mundo y cómo se hace.

Queridos amigos y queridas amigas:

Con esta reflexión termino poniendo de manifiesto el hilo conductor de todo mi razonamiento.

España -es decir, nosotros y nosotras- hemos sabido transformar nuestro país para adecuarlo al siglo XXI. Lo hicimos como nadie, pues el reto fue sacarlo del siglo XIX, en cosa de un par de décadas.

Ojo, que en eso como en todo uno no puede dormirse ya que siempre hay sectores dispuestos a meter la marcha atrás de la Historia. Pero si tenemos conciencia de nuestro progreso y lo defendemos, vamos a seguir siendo referencia de cómo un país puede adecuar su sociedad para que sea puntera de cara al futuro. Pues ahora estamos haciendo lo mismo en Europa: con el Tratado de Lisboa, sacamos a Europa de la mitad del siglo XX y la adecuamos, la ponemos en condiciones de operar con éxito en el XXI. Este es, para todos nosotros, un reto más fuerte todavía que el asumido en nuestro país.

Hemos puesto los cimientos con acierto y voluntad, y el camino está marcado, a falta sólo de la voluntad política y del consenso para recorrerlo con firmeza y rapidez, sin olvidar que en los años en que nosotros permanecemos abotargados, otros sí que se han preparado para el futuro.

Queda un tercer reto de adecuación, tan importante como los otros dos: me refiero a la adaptación de la gobernanza mundial al siglo en que vivimos. Hay que adaptar la ONU al mundo de la globalización y eso implica generar un multilateralismo real y eficaz, en su funcionamiento y en sus resultados...

Así termino mis palabras, con la esperanza de haberos, por lo menos, interesado. Repito una preocupación presente a lo largo de toda mi intervención. Ni la adecuación de España al siglo XXI se mantendrá sin una movilización social y firme, ni la adecuación de Europa a ese mismo siglo se hará realidad si nuestros pueblos no recuperan confianza, ilusión y hasta entusiasmo por el proyecto que compartimos. Y tampoco las Naciones Unidas realizarán el cambio que sus actuales insuficiencias hace absolutamente necesario y exigible, si los pueblos y gobiernos del mundo no se movilizan en ese sentido.

En todos estos desafíos tengo el convencimiento de que es indispensable una gran concertación entre medios de comunicación e instituciones; y más aún una alianza entre quienes damos sentido y vida a unos y otros: los profesionales del periodismo y los políticos.

¡Ojalá que con pasitos como el encuentro de esta mañana y la entrega de nuestra bandera, vayamos avanzando en esa dirección!

Gracias por vuestra atención y ¡adelante!

Miguel Ángel Martínez, Vicepresidente de El Parlamento Europeo.